

## FOUCAULT, MICHEL.

*El poder psiquiátrico. Curso en el College de France 1973-1974.*

Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2005, 448 págs.

Fernando Lolas Stepke<sup>1</sup>

La edición francesa original de este libro data de 2003 (Seuil/Gallimard) y contiene las transcripciones del curso dictado por Foucault, cuidadosamente editadas por sus discípulos, quienes contrastan el manuscrito preparado con las palabras efectivamente pronunciadas por el autor.

Difícilmente podría encontrarse una trayectoria más amplia que la de Foucault; corresponde más a la de un “intelectual” que a la de un filósofo en sentido estricto. La figura del intelectual es más propia de los países latinos que de los germánicos. Incursiona en muchos campos, a veces periodísticamente, fusiona tradiciones y es un agente cultural que tiende puentes entre discursos. No otro fue el caso de Ortega y Gasset en España, aunque en Francia la exposición pública suele ser de un tipo diferente.

Foucault vivió entre 1926 y 1984 y sucumbió al sida. No procede repasar datos de su biografía, ampliamente analizada en muchas lenguas, pero sí señalar que fue contemporáneo de otras luminarias del pensamiento francés, como Sartre, Camus, Derrida, Deleuze, que vivió la época de la Segunda Guerra Mundial y que, según sus biógrafos, tuvo un padre médico que quiso que él también lo fuera. Michel Foucault, si bien no estudió medicina, dedicó a la medicina y al saber médico algunos de sus trabajos más sustantivos.

Eduardo Díaz Amado, estudioso colombiano que ha reflexionado sobre su obra, sugiere tres ámbitos de análisis: la *arqueología*, que en Foucault es investigación sobre el saber y el análisis de la contextura histórica de los discursos; la *genealogía*, que vincula a las investigaciones sobre el poder y al análisis de las prácticas sociales, y la *ética*, que en Foucault adquiere una tonalidad vital al ser investigación sobre el vivir humano y vía del autoconocimiento.

Son ya parte del *corpus* del cualquier discusión libros como *Las palabras y las cosas*, *La arqueología del saber*, *El nacimiento de la clínica*, y muchos otros, publicados en vida o póstumos, que dan testimonio de la variedad de sus intereses, que abarcan desde la literatura hasta la reflexión filosófica y la reconstrucción histórica. Para el lector que cae bajo su influjo fascinante no queda sino reconocer la atinada elección de los textos que analiza, la cuidadosa elección e invención de palabras elocuentes y la seductora simplificación con que presenta argumentos.

Es el caso de este curso, que correctamente se titula *El poder psiquiátrico*. Es una continuación y una revisión del ya clásico *Historia de la locura en la época clásica*, cuya primera edición francesa data de 1964. En varios puntos, estas lecciones amplían y corrigen ese texto. Por de pronto, reemplazan la noción de “violencia” por la de “microfísica del poder”, reiterando, como es constitutivo de su biopolítica, que todo poder se ejerce siempre sobre el cuerpo físico. Luego examina desde un punto de vista renovado la noción de “institución”, que en la historia de la psiquiatría adquiere connotaciones tan diversas y en general poco

<sup>1</sup> Profesor Titular, Universidad de Chile. Profesor Investigador, Universidad Central de Chile. Director de *Anales del Instituto de Chile* y de *Acta Bioethica*. Académico de Número, Academia Chilena de la Lengua, Honorario de la Academia Chilena de Medicina, Correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba (Argentina). Miembro de Honor, Sociedad Española de Medicina Psicosomática.

Correspondencia: [folas@uchile.cl](mailto:folas@uchile.cl)

gratas. Finalmente, cuando se pregunta por las instituciones que aíslan a locos, pobres y criminales (pues el asilo sirve originalmente para aislar, no para curar o sanar, y por ende su carácter terapéutico es de una naturaleza peculiar), abandona la idea, esbozada antes, de que se trata de constituir un *ambiente familiar* que recupere hábitos de sociabilidad perdidos en la locura.

Es ciertamente muy llamativo que Foucault llame en su ayuda documental solamente textos franceses; si bien limita su obra a un ámbito de pensamiento ligado a una lengua, hace más esquemáticas y geométricas sus afirmaciones. Por ejemplo, cuando se refiere a la psiquiatría francesa entre 1810 y 1830, no deja de recordarnos que los franceses que lidiaban con la locura no se llamaban a sí mismos “psiquiatras” sino “alienistas”. Cuando atribuye al libro de Esquirol de 1818 la inserción del pensar psiquiátrico en el *corpus* de la medicina, y a su maestro Pinel la reflexión profunda sobre la constitución del asilo, no menciona las fuentes alemanas de ese mismo período. Por ejemplo, la proposición de Christoph Reil de denominar “psiquiatría” a la medicina mental o las pioneras reflexiones de Heinroth, precedente obligado de la psicósomática.

Lo más sustancial de estas lecciones puede condensarse en algunas afirmaciones que pueden servir de anclaje para discusiones. Primero, la tensión existente entre las intervenciones físicas o medicamentosas sobre las personas, contrastadas con el “tratamiento moral” que Morel y otros preconizaban como más humano y efectivo. No es que no aplicaran medios físicos, violentos a veces, como la balneoterapia, la galvanización, la contención e incluso el castigo físico. Pero el tratamiento moral era una compleja serie de intervenciones psicosociales que empezaban con una detallada descripción de la complejidad y conducta de los médicos, los vigilantes y los sirvientes. Continuaba con la regimentación de la vida, que diluía las formas del ejercicio del poder en unos rituales que implantaban el poder de la disciplina lleno de alusiones y connotaciones. Y sugiere que no es el discurso psiquiátrico, con sus teorizaciones sobre el espíritu humano, el que fundamenta el poder, sino todo lo contrario. Es el poder de la institución, corporizado en sus agentes, el que fundamenta y legitima el discurso psiquiátrico. De modo que el discurso —que luego será teoría de lo anómalo y prescripciones para su curación— fundamento de la praxis discursiva de la psiquiatría no es una *aplicación de un saber* sino el *ejercicio de un poder*. Es notable comprobar que así funcionaron, y quizá funcionan, muchas instituciones que luego fueron asimiladas a la idea de “hospital” prevalente en otras formas de medicina: el *York Retreat* o la institución de *Battle Creek*, en Michigan, con su vida reglada, con su observación ubicua y permanente, permitieron la constitución de un saber basado en regularidades. Primero, las propias de las personas internadas, luego las de las rutinas impuestas por quienes gobiernan las instituciones.

Una lección importante, entre muchas que merecen desarrollo, se refiere a los tipos de poder. Uno, el *poder de soberanía*, proviene de símbolos y tradiciones y su eficacia reside en la creencia. Es el poder taumatúrgico alguna vez atribuido a los reyes, el poder de la palabra carismática, del líder inspirado, de la palabra o el símbolo divinos. El otro *poder, el de disciplina*, es impersonal, se instala como una red de relaciones asimétricas en cuyo nombre y por cuya eficacia las conductas y los pensamientos son proscritos o prescritos. Ese es el poder que después será ley abstracta y al que todos deben aquiescencia. Será el poder de los “*facts*” y de las expertocracias que medicalizan o psiquiatrizan la vida común, estableciendo unas normas y unos límites que serán aceptados en nombre de la *empiría*, pero sobre todo de la ciencia. A la psiquiatría basada en la experiencia (*experience-based*) se añadirá la psiquiatría basada en pruebas (*evidence-based*) y la psiquiatría basada en valores (*value-based*). La expertocracia psiquiátrica mostrará su poder decidiendo sobre la vida y los azares de la vida, sobre causas judiciales, sobre asuntos de libre albedrío.

Para quienes deseen reexaminar la obra foucaultiana en modo ético, este libro es buena inspiración. Así como no hay conocimiento sin interés ni interés sin conocimiento, como enseña Habermas, no es posible disociar la práctica de los “oficios éticos” (aquellos que tratan con personas) de esa inefable *asimetría* universal en voluntad y capacidad que llamamos “poder”, la capacidad (arbitraria o no) de decretar excepciones y mover voluntades.